

Adolfo de Mingo Lorente

ALFONSO X

EL PRIMER GRAN REY

ÍNDICE

<i>Árbol genealógico</i>	11
<i>Introducción</i>	13

VIDA

1. Antecedentes familiares e infancia	25
2. La conquista del reino de Murcia	40
3. La conquista de Sevilla. Muerte de Fernando III	48
4. La expansión hacia el sur. Política interior y exterior	60
5. El <i>Fecho del Imperio</i>	71
6. La revuelta mudéjar	80
7. Final del reinado	85
8. Testamento y muerte	100

OBRA

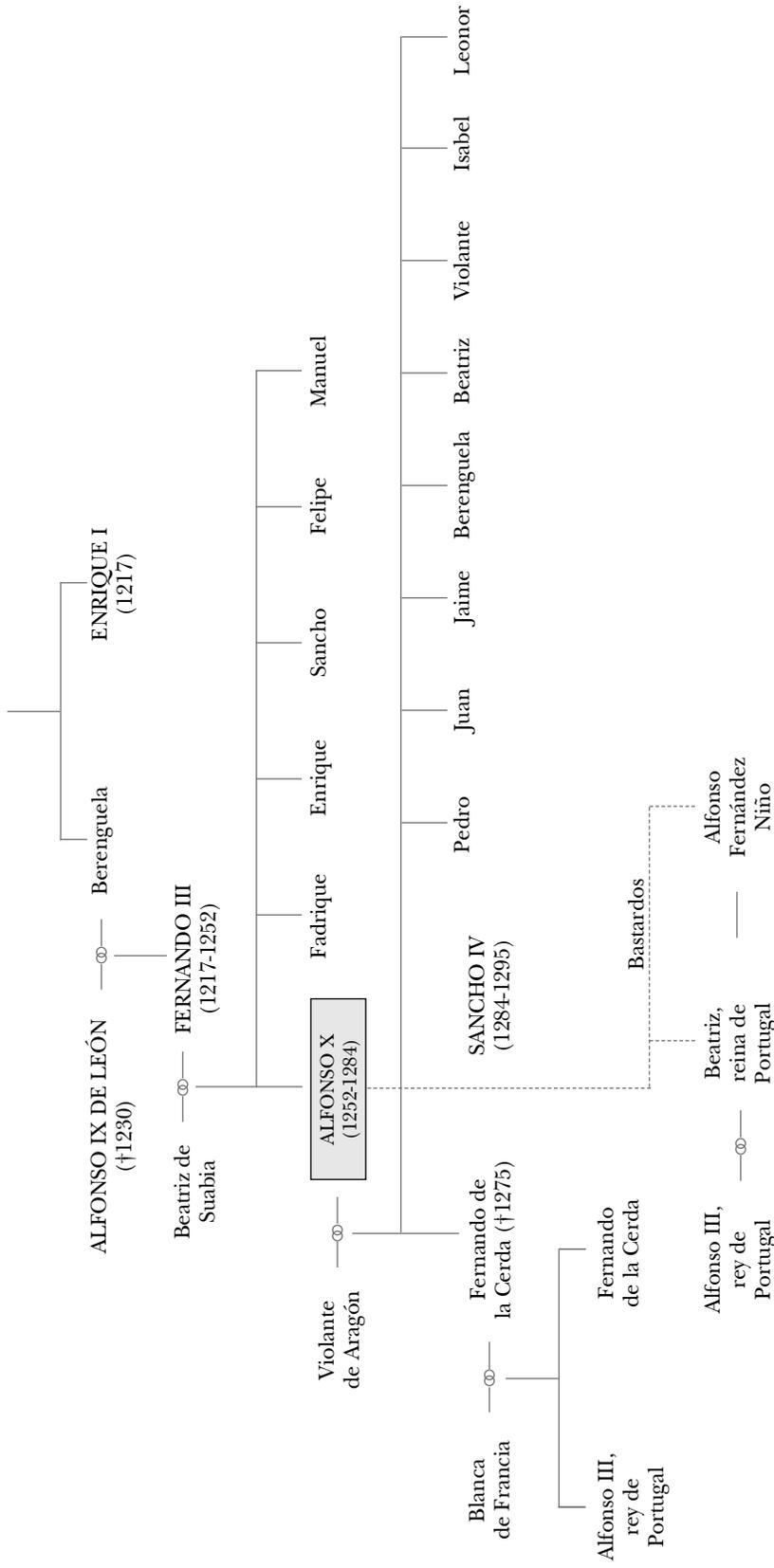
9. Ciudades y catedrales en el siglo XIII	109
10. El <i>scriptorium</i> alfonsí	122
11. Cantigas profanas y <i>Cantigas de Santa María</i>	132

12. La obra jurídica	144
13. Alfonso X, historiador	153
14. Un rey científico	158

EL IMAGINARIO COLECTIVO

15. La representación posterior del rey dentro de las artes plásticas	171
16. La escasa fortuna audiovisual de Alfonso X	194
17. El auge de la novela histórica	203
<i>Bibliografía</i>	207
<i>Línea temporal</i>	229
<i>Notas</i>	235

ÁRBOL GENEALÓGICO



INTRODUCCIÓN

«Penetrar en la intimidad de Alfonso no es nada fácil»

El profesor emérito de la Universidad de Nueva York, H. Salvador Martínez, autor de una voluminosa biografía sobre el Rey Sabio, reconocía en 2003 la necesidad de «tener presente no solo la abundante documentación de archivo y su riquísima correspondencia, casi totalmente ignorada, sino que, como en el caso de Dante, habría que rastrear su vida en su entera obra». ¹ Este libro no aspira a tanto. Nace con la voluntad de transmitir el encuentro con Alfonso X de su autor, cinéfilo e historiador —no medievalista— que hace algunos años descubrió, con cierta extrañeza, que apenas se hubiera dedicado al Rey Sabio producción audiovisual alguna. No había tenido lugar aún el estreno de la serie *Toledo, cruce de destinos* (Boomerang TV, 2012), donde el monarca fue interpretado por el actor malagueño Juan Diego, y su representación en el cine se reducía a apenas un breve papel de Luis Prendes en el documental *Alfonso X y el Reino de Murcia* (1985), del realizador Primitivo Pérez, donde otro actor tan popular como Antonio Ferrandis encarnaba al cronista Jofré de Loaysa. Frente a la presencia habitual de otros monarcas dentro de nuestras pantallas (Felipe II es probablemente el que ha sido llevado al cine en mayor número de ocasiones, muchas

de ellas por parte de un mismo actor, Fernando Rey), la ausencia de Alfonso X el Sabio, que tan solo por sus relaciones familiares habría merecido el más sabroso de los guiones, era clamorosa. Sobre todo por vivir en pleno siglo XIII, momento de grandes referentes cinematográficos. La suya fue la centuria de Robin Hood y de Marco Polo, de Genghis Khan y de Francisco de Asís, todos ellos trasladados al cine en abundantes ocasiones. Un auténtico icono ruso como Alexander Nevsky (quien, como el Rey Sabio, nació en 1221) recibió de Serguei M. Eisenstein una gran película, con la célebre música de Prokofiev. ¿Cómo era posible que el rey más representado de toda la Edad Media —en palabras, otra vez, de H. Salvador Martínez, teniendo presentes las abundantes miniaturas de las *Cantigas* y otras manifestaciones del *scriptorium* regio, como el *Libro del ajedrez*—, no gozase de apenas presencia cinematográfica? ¿Por qué episodios como la obsesión por el trono imperial, el ajusticiamiento de su hermano Fadrique o la maldición hacia su propio hijo y heredero —expresados en pleno siglo XXI con el castellano genuino de las viejas crónicas, como aquel demoledor «non quiera Alá que por vn perro se maten tantos buennos como aquí están», pronunciado por el arráez Abén Macar antes de alancear al arzobispo de Toledo, cuñado del rey— han pasado desapercibidos a los guionistas? ¿Es que ningún cineasta ha reparado en que monarcas anglosajones como Ricardo Corazón de León o Juan sin Tierra, omnipresentes en la gran pantalla, fueron parientes próximos de Alfonso X y que fue precisamente el Rey Sabio quien armó caballero en el Monasterio de Las Huelgas a un joven Eduardo I Longshanks, el malvado y carismático enemigo de Mel Gibson en *Braveheart*? Son preguntas para las cuales el autor de este libro no ha conseguido respuesta.²

Ni siquiera hubiera sido necesario recurrir a la incalculable aportación cultural del «Rey Astrónomo», el «Rey Jurista» o el devoto autor de las *Cantigas de Santa María* (aunque también de otra suerte de poemas, escandalosos y procaces, que —en palabras de

Consuelo Jiménez de Cisneros— dan medida del «hombre de buen humor y poeta satírico, cuyos insultos y sarcasmos van tan lejos como los de cualquier juglar de baja estofa de su tiempo»).³ Habría bastado con solo la peripecia vital de algunos personajes de su entorno, como el infante don Enrique, su hermano menor, convertido en aventurero al servicio del emir de Túnez —la *Crónica de Alfonso X* le atribuía haberse enfrentado a dos feroces leones a punta de espada— y nombrado senador de Roma por el papa Clemente IV. O la melancólica Cristina de Noruega, esposa de otro de sus hermanos, el taimado don Felipe, que murió en 1262 en una Sevilla de trazas musulmanas. O el riquísimo judío Çag de la Maleha, cabeza de turco tras la destrucción de la flota castellana durante el cerco de Algeciras (1268). Cualquiera de ellos sería digno no de un mero largometraje, sino de una verdadera serie de televisión.⁴

ALFONSO X EL SABIO EN LA ACTUALIDAD

La bibliografía sobre Alfonso X el Sabio es amplísima y se ramifica considerablemente debido a la variada producción del *scriptorium* regio, a la intensa actividad diplomática del monarca y a sus más de treinta años de reinado. Durante las últimas décadas han sido publicadas excelentes biografías, entre ellas la de Julio Valdeón Baruque (1936–2009), quien en 2004 obtuvo el Premio Nacional de Historia por *Alfonso X. La forja de la España moderna*. Manuel González Jiménez, considerado el principal especialista en el estudio del Rey Sabio, continúa desarrollando una labor investigadora y editorial que suma ya cinco décadas. A lo largo de este periodo han sido revisados clásicos como Antonio Ballesteros, otro de sus principales biógrafos, y se han producido interesantes miradas más allá del Atlántico, como la del estadounidense Joseph O’Callaghan.⁵ La lectura de estos trabajos, junto con fuentes contemporáneas de Alfonso X el Sabio, tales como la *Estoria de España*, o *De rebus*

Hispaniae, del arzobispo Jiménez de Rada —o la *Crónica de Alfonso X*, elaborada ya en tiempos de su bisnieto, Alfonso XI—, han permitido a un neófito en el estudio de la Edad Media como es el autor de este libro disfrutar enormemente de un periodo tan complejo como apasionante.⁶ La responsabilidad de haber conseguido o no transmitirlo al lector es enteramente suya. Sobre todo a las puertas del VIII centenario del monarca, que comenzará el 23 de noviembre de 2021 y para el que ciudades como Sevilla, Murcia y Toledo preparan ya distintas conmemoraciones, procurando mantener el siempre difícil equilibrio entre la autocomplacencia de las efemérides y las nuevas interpretaciones.

La celebración de aniversarios como el nacimiento, la muerte o la entronización de Alfonso X el Sabio, con sus correspondientes publicaciones, exposiciones y otras citas, constituye todo un capítulo dentro de la historiografía dedicada a este monarca. En 1921 comenzó la celebración a gran escala de estas efemérides, como la que tuvo lugar el 23 de noviembre, cuando —coincidiendo con el séptimo centenario de su nacimiento— la Real Academia Española acogió una sesión extraordinaria presidida por Alfonso XIII.⁷ Paralelamente, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo instaló una placa conmemorativa en el exterior del convento de Santa Fe, no lejos del lugar donde nació el monarca.⁸ Prácticamente en las mismas fechas se había producido el ingreso en la Real Academia de la Historia, con un discurso titulado «Alfonso X, emperador (electo) de Alemania», de Antonio Ballesteros, conde de Beretta (1880-1949), primero de los grandes biógrafos del monarca en época contemporánea. Su principal aportación fue *El itinerario de Alfonso el Sabio* (Madrid, 1935), obra aún de referencia para los estudiosos.⁹

Superado el ecuador del siglo xx —que traería consigo la exhumación de los restos del rey y la creación de un nuevo sepulcro en 1948, con motivo del séptimo centenario de la conquista de Sevilla— se cumplieron setecientos años de la muerte del infante y

heredero don Fernando de la Cerda, que Ciudad Real conmemoró en el mes de abril de 1975 y que traería consigo la publicación de una serie de comunicaciones y ponencias por parte del Instituto de Estudios Manchegos.¹⁰ En 1984 tuvo lugar el más importante de los centenarios alfonsíes, «de tal manera que han salido más títulos en los últimos dieciocho años —apostillaba H. Salvador Martínez en 2003— que en los siete siglos precedentes». Solo durante la primavera se celebraron varios congresos internacionales en España, Estados Unidos y Canadá. Los principales enclaves relacionados con Alfonso X el Sabio organizaron una amplia agenda de citas académicas y culturales, comenzando por un gran encuentro de expertos organizado por el Instituto Jerónimo Zurita del CSIC y la Sociedad Española de Estudios Medievales. Otros simposios fueron *La lengua y la literatura en tiempos de Alfonso X* (Universidad de Murcia) y la mesa redonda *Alfonso X el Sabio y la música* (Festival de Otoño de Madrid).¹¹ Sin ánimo de ser exhaustivos, también merece la pena destacar algunas publicaciones de mediados de los años ochenta, como *Estudios alfonsíes. Lexicografía, lírica, estética y política de Alfonso el Sabio* (Granada, 1985) o el número 43 de la *Revista de Occidente*, dedicado al monarca de manera monográfica.

Aparte de este tipo de encuentros y publicaciones, en 1984 fue organizada también una exposición sobre el rey, la más ambiciosa hasta la fecha, coordinada por Javier Faci e instalada en el Museo de Santa Cruz de Toledo. En su catálogo coincidieron expertos como González Jiménez, Valdeón, José Manuel Pérez-Prendes y Juan José Rey. El director general de Bellas Artes y Archivos, Manuel Fernández Miranda, manifestaba en el prólogo su propósito de desterrar la «idea plácida y quieta» del reinado alfonsí, procurando contribuir a la construcción de un personaje mucho más rico y complejo que el *rey de baraja* configurado por la mera exaltación de sus conquistas y la reivindicación en una sola dirección de la realidad posterior a la victoria cristiana en la batalla de las Navas de Tolosa. Contrariamente al centenario de 1921, no fueron muchas las actividades de inte-

rés organizadas en el ámbito de las reales academias. Una de las más destacables fue la sesión celebrada el 4 de abril de 1984, el día de la muerte del rey, por la Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. En ella participaron especialistas en historia de la ciencia como el arabista Juan Vernet Ginés.

Quince años después, la capital hispalense concentró sus esfuerzos en un nuevo simposio, «Sevilla 1248. Congreso internacional conmemorativo del 750 aniversario de la conquista de la ciudad de Sevilla por Fernando III, rey de Castilla y León», celebrado en el Real Alcázar entre los días 23 y 27 de noviembre de 1998. Coordinado por González Jiménez, reunió a veteranos especialistas con nuevos investigadores de Alfonso X. Apenas cuatro años después, en 2002, Sevilla recordó tanto la muerte del rey Fernando III —a quien fue dedicada una pequeña exposición en el trascoro de la catedral— como la entronización de su sucesor.

Los años siguientes estuvieron dedicados a la conmemoración del 750 aniversario de diversas fundaciones y repartimientos alfonsíes, a menudo acompañados por pequeños congresos o ciclos de conferencias. Ciudad Real celebró sus inicios en 2005,¹² efeméride un tanto ensombrecida por las celebraciones en torno a *El Quijote*. Dos años después lo harían Lorca y Monteagudo, en ambos casos con la presencia del medievalista Juan Francisco Jiménez Alcázar.¹³ Jerez celebró el 750 aniversario de la conquista castellana en 2014 con un destacado congreso, bajo la dirección científica de otro medievalista de la Universidad de Sevilla, José Sánchez Herretero.¹⁴ Uno de los más recientes ha sido el 750 aniversario de la creación del Concejo de Murcia, en 2016, que ya no pudo contar con la presencia del eminente medievalista murciano Juan Torres Fontes (1919-2013) debido a su fallecimiento.¹⁵

Aún es pronto para conocer los detalles sobre elVIII centenario de su natalicio, cuya conmemoración se producirá a caballo entre 2021 y 2022. Por el momento ya está siendo organizada, entre otras actividades dentro de los principales enclaves alfonsíes, una nueva

exposición en el Museo de Santa Cruz de Toledo. Su celebración tendrá presente la muestra instalada en este mismo espacio en 1984, si bien es necesario recordar que entre ambas exposiciones se produjo otra de gran importancia. Fue inaugurada el 27 de octubre de 2009 en la antigua iglesia de San Esteban de Murcia y tuvo como comisario a Isidro Bango Torviso. Resultado de la misma fue un magnífico y transversal catálogo en el que participaron Inés Fernández-Ordóñez, María Victoria Chico Picaza y Juan Carlos Ruiz Souza, entre otros investigadores de ya larga trayectoria. A ellos se unieron representantes de una nueva generación de historiadores alfonsíes, entre ellos Laura Fernández Fernández.¹⁶

Pero sería injusto considerar exclusivamente estas celebraciones el hilo conductor de los numerosos estudios sobre el Rey Sabio que han sido realizados a lo largo de las últimas décadas. Todos los autores antes mencionados, junto con otros que aparecerán a lo largo de las próximas páginas y en la bibliografía final, desde Carlos de Ayala Martínez hasta Miguel Ángel Ladero, han tomado parte de manera individual y colectiva desde los años ochenta en numerosos estudios que sería difícil resumir aquí. Buen ejemplo es *El concepto cultural alfonsí*, de Francisco Márquez Villanueva (1931-2013), publicado originariamente en 1994 y recordado, tras el fallecimiento de este añorado investigador, en un libro homenaje que coordinó Emilio González Ferrín.¹⁷ Habría otros muchos entre los que elegir, como el estudio de Guillermo Castán sobre economía o el de la propia Laura Fernández sobre arte y ciencia, asuntos a los que ambos dedicaron sus respectivas tesis doctorales.¹⁸

Otro gran medievalista, Miguel Rodríguez Llopis, coordinó a finales de los años noventa dos buenos trabajos colectivos.¹⁹ A este momento corresponde la creación de *Alcanate. Revista de Estudios Alfonsíes*, que desde 1998 publica bienalmente la Cátedra Alfonso X el Sabio, ligada a El Puerto de Santa María y cuyo director es Manuel González Jiménez. Los artículos sobre Alfonso X el Sabio publicados en revistas especializadas, dentro y fuera de España, se

cuentan por miles. No es propósito de este libro incluir una extensa bibliografía, sino una breve selección de referencias, que serán también indicadas como nota.

Fuera de nuestro país, entre los investigadores tempranos de Alfonso X cabría destacar a la británica Evelyn S. Procter (1897-1980), vinculada al St. Hugh's College de Oxford y autora en 1951 del libro *Alfonso X of Castile, Patron of Literature and Learning*, traducido al castellano por González Jiménez. Algunos años después fue póstumamente publicada en España otra biografía del alemán Wilhelm Freiherr von Schoen (1886-1960). Ya se ha destacado al estadounidense O'Callaghan, cuya biografía del Rey Sabio publicó la Universidad de Sevilla a mediados de los noventa.²⁰ Jerry R. Craddock en el campo del derecho, o Joseph Thomas Snow en el de la poesía, pasando por Robert I. Burns en el ámbito de las empresas culturales, han estudiado más recientemente las aportaciones del Rey Sabio.²¹ En estos últimos años, para finalizar, han aparecido estudios de conjunto como el de Simon R. Doubleday.²²

En el mismo momento en que están siendo elaboradas estas páginas surgen nuevas ediciones e interpretaciones de la obra y la biografía del Rey Sabio. Trabajos a las puertas del VIII centenario, como un volumen colectivo editado por el Instituto de España en 2020 o una nueva reedición del *Diplomatario Andaluz* de González Jiménez, ya en 2021, permitirán a nuevos investigadores continuar su labor.

* * *

Estas primeras páginas, para finalizar, pretenden incluir un emocionado recuerdo para el arquitecto Manuel Santolaya Heredero (1952-2021), gerente del Consorcio de la Ciudad de Toledo, recientemente fallecido a consecuencia de la pandemia de Covid-19. Entre las actuaciones de restauración que desarrolló a lo largo de su carrera es preciso destacar su gran labor en el convento de San Clemente, uno de los más antiguos e importantes de la ciudad de To-

ledo. Creado ya en el siglo XII, fue un complejo especialmente querido por Alfonso X el Sabio, cuyo nacimiento se produjo el 23 de noviembre, día de su santo titular. Hoy la semántica de San Clemente, como sucede con la mayor parte de conventos de Toledo, es fruto de diversos siglos. Coexisten con los primitivos espacios medievales una magnífica portada plateresca y un templete neoclásico de finales del siglo XVIII, momento en el que este recinto alojó a los sobrinos del rey Carlos III, entre ellos la famosa condesa de Chinchón, pintada por Goya.

Hace escasos años, durante la restauración de la sala capitular, fueron descubiertas unas antiquísimas pinturas murales que por su factura formal, muy próxima a las representaciones de la iglesia vecina de San Román, podrían corresponder precisamente a los años en los que nació el Rey Sabio. Son escenas del Nuevo Testamento, tales como la entrada de Cristo en Jerusalén, el prendimiento y el beso de Judas. Manuel Santolaya les dedicó el mismo entusiasmo contagioso que a las valiosas alfombras de azulejería renacentistas o a sus antiguos salones mudéjares, entre ellos el correspondiente al palacio de la familia Cervatos, también de reciente aparición. Con ellas recordamos a este gran arquitecto y magnífico amigo. Descanse en paz.

VIDA

ANTECEDENTES FAMILIARES E INFANCIA

El nacimiento de Alfonso X el Sabio se produjo el martes 23 de noviembre de 1221, día de San Clemente, en la ciudad de Toledo. Una vieja placa conmemorativa, instalada siete siglos después por iniciativa de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas en el exterior del convento de Santa Fe, testimonia un acontecimiento del que en realidad sabemos muy poco. Es posible que el nacimiento se produjera en los antiguos palacios de Galiana o del Alficén (situados en el primitivo recinto fortificado musulmán, no lejos del Alcázar), espacio indeterminado del que el Monasterio de Santa Fe —un amplio complejo santiaguista que en la actualidad alberga una colección de arte contemporáneo—, con su antigua capilla de Belén, sería el referente más cercano.¹

Toledo ha manifestado por Alfonso X un orgulloso sentimiento de pertenencia a lo largo del último siglo, procurando adquirir un papel protagonista en las conmemoraciones de 1921 —cuando solicitó al gobierno de Antonio Maura que declarase el 23 de noviembre fiesta nacional, infructuosamente— y 1984, momento en el que efectivamente albergó la principal exposición organizada aquel año con motivo del VII centenario de su muerte. Es induda-

ble que el monarca mantuvo un estrecho vínculo con esta ciudad y que fueron toledanos varios de sus colaboradores más directos, pero su nacimiento en ella se produjo de forma circunstancial, mientras su madre, la reina Beatriz de Suabia, acompañaba a Fernando III a sofocar una rebelión en tierras molinesas.

Toledo era en el primer cuarto del siglo XIII una de las ciudades más importantes de Castilla. La antigua sede del reino visigodo, capital de la marca media en época andalusí —cuando se produjo en ella el nacimiento del emir Abderramán II (792)— y corte del taifa al-Mamun, había capitulado ante las huestes del monarca castellano y leonés Alfonso VI en el año 1086. Durante el siglo XII reunió en torno al arzobispo don Raimundo un importante núcleo de saber, tradicionalmente conocido como Escuela de Traductores, denominación no exenta de debate crítico, según se verá más adelante. El siglo XIII en Toledo, estudiado por especialistas como Ángel González Palencia y Ramón González,² traería consigo la obra gótica de la catedral (1226) y la eclosión de la arquitectura mudéjar, cuyo *aparejo toledano* —denominación tradicional de las cajas de mampostería con verdugadas de ladrillo empleadas en la construcción de dichos edificios— es posible identificar en las *Cantigas de Santa María*.

La favorable coyuntura económica —la ciudad recibió de Fernando III en 1246 los Montes de Toledo, que anteriormente habían sido donados al arzobispo Jiménez de Rada— tuvo su huella en la renovación de numerosas iglesias toledanas, comenzando por Santiago del Arrabal. También fue un momento de especial esplendor para la aljama de Toledo, la más rica e influyente de la corona de Castilla, con representantes como Salomón ibn Zadok (también conocido como Don Çuleman) y Todros Abulafia.³

Varios conventos de gran importancia se asentaron definitivamente en Toledo durante esta etapa. Fue en 1230 cuando los dominicos, presentes en la ciudad desde 1209, se trasladaron a la huerta extramuros del Granadal, desde donde marcharían después a San Pedro Mártir y donde perviven aún sus restos primitivos, consolida-

dos hace no muchos años. El propio Alfonso X cedió una parte de los «Palacios de Galiana» a los franciscanos, los cuales se instalaron en esta zona hasta finales del siglo xv. En 1501 la comunidad se trasladaría a San Juan de los Reyes, siendo sucedida en el recinto del Alficén por las religiosas de la Concepción Francisca, que aún permanecen allí. San Clemente, otro de estos espacios, recibió también el favor del rey.

Nos detendremos brevemente en este convento para recordar algunos de estos dones. Alfonso X manifestó en varias ocasiones su devoción hacia San Clemente, en cuya fiesta nació. La fecha del 23 de noviembre coincidió también en 1248 con la entrada del monarca en la recién conquistada Sevilla, cuyo Real Alcázar poseyó una capilla dedicada a este santo papa y mártir. En Toledo, su existencia se remonta al menos hasta 1109, aunque extramuros de la ciudad. Ocupaba ya su emplazamiento actual en el siglo xiii.⁴ En 1254 recibió un temprano favor del rey, quien desde Uclés, «por remission de mios pecados [...] otorgo a la abbadesa [...] que labren aquel baño que an en el arraval de Toledo e que bañen e que fagan dél e en él como ellas quisieren».⁵ Parece tratarse del mismo espacio cuya reparación, un año después, mencionó González Palencia en su exhaustivo análisis de la documentación mozárabe toledana:

Don Juan el Albañil, hijo de Don Juan de Valencia, se compromete a derribar la habitación de calentar el agua, que está cerca de la caldera, en el baño que el convento tiene en el Arrabal, y a hacerla de nuevo, ampliándola tres palmos de luz, aunque tenga que reducir el patio que ahora hay en ella y tenga que quitar el patio de la habitación de en medio y a hacer una tercera habitación fría, contigua de la caliente, a lo largo de la citada habitación de en medio. A las tres habitaciones les pondrá azoteas o tejados dobles, levantándolas con su revestimiento y su blanqueo. Se compromete a construir las dos paredes del fornacho que hay en ellas y a cubrirlas. El Comendador del Convento levantará a sus expensas la azotea del baño completa y don

Juan hará una habitación para vestuario en el espacio que ocupaba la pared antigua que había sobre la piscina, levantando sobre el cimien-to de la pared vieja la habitación fría citada, llegando hasta la pared contigua a la calle, que será fachada de esta pared. Si esta pared de la calle tiene resistencia, hará la citada portada; y si no, la hará de nuevo y le pondrá tejado, la revestirá y la blanqueará con cal y nada más; abrirá puerta al baño en la citada portada y hará los bancos precisos, cubrirá la habitación del vestuario y hará en ella todo lo necesario.⁶

Poco después, el 23 de enero de 1260, el rey autorizaba al con-vento a tener cien vasallos pobladores en Azután, al suroeste de Ta-lavera de la Reina, pagando los mismos pechos que los vasallos de las órdenes de Calatrava y Santiago.⁷ San Clemente custodiaba, por otra parte, algunos ornamentos valiosos de la catedral, tal como se desprende del inventario realizado en 1259-1261 por el arzobispo don Sancho, hermano de Alfonso X, según el cual «estas cosas tie-nen alçadas en San Clement» las religiosas:

La mitra mui rica con so amito e el aniello bueno pontifical, e la cruz doro con so pie de plata e una cruz de plata, e el calice doro con so patena e la fior del oro e la copa de Argent e IV calzes de plata e la corona doro que fue de la reyna dona Johna [Juana de Ponthieu, segunda esposa de Fernando III y por tanto madrastra de Alfonso X] e dos ciriales de xpistal, todo esto dicen que es en Snt. Clement.⁸

Menos conocido es el hallazgo, durante la restauración de la sala capitular del convento en 2009-2010, bajo la dirección del ar-quitecto Pablo Fernández Longoria, de unas pinturas murales de la primera mitad del siglo XIII. Se trata de un conjunto de escenas re-ligiosas (es posible identificar la entrada de Cristo en Jerusalén, el prendimiento y el beso de Judas) contenidas en el interior de ar-querías, al modo de las conocidas miniaturas de la época.⁹ Estas es-cenas fueron restauradas por Antonio Sánchez Barriga. Su estilo es

semejante a las más antiguas de las representaciones de la vecina iglesia de San Román, consagrada en 1221 por el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada. Coordinó esta actuación, como gerente del Consorcio de la Ciudad de Toledo y responsable de la configuración del antiguo plan director del convento, el arquitecto Manuel Santolaya.

Además del convento de San Clemente —nos centraremos más adelante en la obra de la catedral (1226)—, es de destacar en este periodo la vecina iglesia de San Román, convertida hoy en Museo de los Concilios y de la Cultura Visigoda. Se trata de un templo notable por su morfología medieval y por intervenciones artísticas posteriores, entre ellas la reforma del presbiterio y la cúpula acasetonada de Alonso de Covarrubias en el siglo xvi. En el xx fueron recuperadas sus pinturas murales, que habían permanecido en su mayor parte cubiertas hasta entonces —aunque ya insinuadas en uno de los grabados de la *España artística y monumental* de Pérez Villamil (1850)— y que constituyen hoy uno de los principales conjuntos del reino de Castilla en su género. Juan Carlos Ruiz Souza se ha referido a San Román como un «edificio emblemático que encarna la unión de las dos iglesias antagónicas y presentes en la ciudad del Tajo desde su conquista por Alfonso VI, es decir, la de rito hispano-visigodo y la de rito romano impulsada en la ciudad desde la monarquía». ¹⁰ Su consagración en 1221, de la cual se cumple también ahora el octavo centenario, se produjo en presencia de un personaje no menos interesante que la propia iglesia: el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247), de gran importancia no solo en el plano cultural —su crónica *De rebus Hispaniae* (1243) fue fundamental para los cronistas medievales posteriores, incluidos los responsables de la *Estoria de España* en el *scriptorium* alfonsí—, sino también político y militar. Formado en Bolonia, consejero de Alfonso VIII y Fernando III (de quien fue también canciller, así como tutor de algunos de sus hijos, entre ellos el infante don Sancho, futuro arzobispo de Toledo), ha sido reivindicado durante estos últi-

mos años por historiadores como Lucy Pick por su amplio conocimiento del panorama andalusí.¹¹

La ciudad de Toledo estaba estrechamente ligada al abuelo del Rey Sabio, Alfonso VIII (1155-1214), vencedor de la batalla de las Navas de Tolosa (1212). El acontecimiento, de extraordinaria importancia, había permitido una rápida expansión de los reinos cristianos de la Península Ibérica, permitiendo a Castilla extenderse por la Andalucía Bética y Murcia, mientras Aragón conquistaba las islas Baleares y Valencia. Portugal, por su parte, continuaba su avance hacia el sur por el Algarbe.

Tras la muerte de Alfonso VIII pasó la corona a su primogénito, Enrique I (1204-1217), quien siendo todavía un niño falleció en Palencia, tras el golpe sufrido por la caída de una teja. La rápida sucesión recayó en su hermana Berenguela (1180-1246), quien hizo valer el derecho al trono de su primogénito, Fernando III. Así dio cuenta de estos acontecimientos el arzobispo Jiménez de Rada, en *De rebus Hispaniae*:

[...] refugándose en los muros del pudor y la modestia por encima de todas las mujeres del mundo, [Berenguela] no quiso hacerse cargo del reino. Pero, conducida la multitud de Extremadura y de Castilla fuera de las puertas de Valladolid, ya que no había edificio capaz de acoger a tan enorme gentío, se reunieron en el lugar donde se celebra el mercado; y tras hacer entrega allí mismo del reino a su hijo, el infante Fernando, del que he hablado, es conducido con la aprobación de todos a la iglesia de Santa María y allí es elevado al trono del reino, contando entonces dieciocho años, mientras el clero y el pueblo entonaba *Tē Deum laudamus, Tē Dominum confitemur*. Y allí mismo todos le rindieron homenaje y juraron la lealtad obligada al rey, y de esta forma fue llevado de nuevo con honores de rey al Palacio Real.¹²

Apenas dos años más tarde, Fernando III contraería matrimonio con la princesa alemana Beatriz de Suabia. El matrimonio, ce-

lebrado en Burgos el 30 de noviembre de 1219, proporcionaba al reino de Castilla un ventajoso entronque con dos dinastías de gran importancia en Europa, ya que la novia era nieta del emperador germánico Federico Barbarroja y sobrina del emperador bizantino Alejo IV.¹³ Será esta singular ascendencia la que lleve a Alfonso X, años después, a sentirse legitimado para reclamar el título imperial germánico, proceso conocido como el *Fecho del Imperio*.

Los padres del rey fueron probablemente representados en una pareja de esculturas en el claustro de la Catedral de Burgos, imágenes felizmente restauradas hace escasos años y en las que es posible apreciar cómo el joven monarca entrega a su prometida el anillo nupcial. Ambas figuras han sido objeto de una larga discusión: ¿se trata de Fernando III y Beatriz de Suabia (quienes contrajeron matrimonio en Burgos, siendo el novio ya rey de Castilla) o por el contrario serían de sendas representaciones de Alfonso X y doña Violante? (cuyo matrimonio se produjo en la capilla real del Alcázar de Valladolid y sin que el futuro Rey Sabio hubiera sido coronado todavía). Sea como fuere, son dos magníficas piezas —hoy plenas de policromía, después de su restauración— que permiten apreciar las características de la escultura gótica castellana de mediados del siglo XIII.

De ser Fernando III el representado en Burgos, por otra parte, su galante iconografía dista mucho de ser la habitual en este monarca, que ha pasado a la historia de España envuelto en una aureola de santidad debido a sus conquistas militares contra los musulmanes.¹⁴ Durante su reinado fueron incorporadas al reino de Castilla ciudades tan destacadas como Córdoba (1236), Jaén (1246) y Sevilla (1248). Por otra parte, tras suceder a su padre, Alfonso IX de León, incorporaría este reino a sus dominios en el año 1230, quedando ya definitivamente asociado a la corona castellana.

Con respecto a Beatriz de Suabia (1205–1235), descrita por Jiménez de Rada como «mujer excelente, hermosa, prudente y discreta»,¹⁵ elegida por la reina Berenguela por ser «inadecuado que un príncipe tan excelso quedara expuesto a pasiones fuera de lugar»

y «tenerlo alejado de los pecados», unía a sus antecedentes familiares una gran cultura transmitida por el emperador Federico II de Sicilia, su pariente. El carácter internacional de este enlace seguía la dinámica iniciada, siglo y medio atrás, con el matrimonio de Urraca de Castilla con Raimundo de Borgoña. La propia Berenguela —figura fascinante, cuya personalidad política ha sido equiparada con la de Isabel la Católica, dos siglos más tarde— era sobrina de Ricardo Corazón de León por parte de madre (y prima del rey inglés, Enrique III), así como tía de Luis IX de Francia por el matrimonio de su hermana, Blanca. Los detalles de la ceremonia fueron recogidos, nuevamente, por el arzobispo Jiménez de Rada:

Y la noble reina Berenguela salió al encuentro de la noble doncella más allá de la población que se llama Vitoria, acompañada de un noble séquito de religiosos y seglares, nobles y damas; y marchando desde allí hacia Burgos, encontraron al rey Fernando que los aguardaba con los grandes, los nobles y los principales de las ciudades y que acogió a la joven y a los embajadores con el protocolo que correspondía. Y tres días antes de la festividad de San Andrés, tras celebrarse una misa por el venerable obispo Mauricio de Burgos en el monasterio real cercano a la ciudad y ser bendecidas las armas de caballería, el propio rey, tomada la espada que estaba sobre el altar, se armó caballero con su propia mano, y su madre, la noble reina, le desató el tahalí de la espada; y tres días después, esto es, en la festividad de San Andrés, contrajo solemne y legalmente matrimonio con la dulcísima doncella Beatriz, celebrando la misa en la iglesia catedral el venerable Mauricio e impartiendo la bendición a los contrayentes. Y se celebraron allí unas Cortes grandiosas con asistencia de los nobles, las damas y casi todos los caballeros y los principales de las ciudades de todo el reino.¹⁶

La reina Beatriz de Suabia murió en Toro el 5 de noviembre de 1235, con apenas treinta años de edad. Sus restos mortales serían

posteriormente trasladados a Las Huelgas, lugar de donde Alfonso X el Sabio, una vez rey, los requirió para su descanso definitivo en la Catedral de Sevilla.

El matrimonio disfrutó de una larga descendencia. Además de Alfonso, el primogénito, fueron engendrados siete varones (Fadrique, Fernando, Enrique, Felipe, Sancho y Manuel) y tres hembras (Leonor, Berenguela y María).¹⁷ De ellos es posible destacar a don Sancho y don Felipe, arzobispos de las poderosas diócesis de Toledo y de Sevilla. Ambos recibieron una esmerada educación junto al arzobispo Jiménez de Rada, a quien el primero habría de suceder algunos años después en la sede toledana antes de morir en 1261, con apenas veintiocho años. Con respecto a don Felipe, que había estudiado en la Universidad de París en 1244, se secularizó tras la muerte de Fernando III y acabaría contrayendo matrimonio con la princesa Cristina de Noruega. Agitada fue la vida de Enrique (1230-1303), quien tras caer en desgracia ante Alfonso X e intentar medrar sin éxito en Aragón e Inglaterra puso sus esfuerzos al servicio del emir de Túnez y acabó siendo nombrado senador de Roma, sobrenombre con el que ha pasado a la historia. Tras la muerte de su hermano Alfonso y a punto de fallecer su sucesor, su sobrino Sancho, el infante Enrique de Castilla *el Senador* regresó a la península y acabó obteniendo el ansiado favor real, convirtiéndose en tutor del rey Fernando IV durante su minoría de edad. Otro de los hermanos con quienes Alfonso X mantuvo una difícil relación fue Fadrique (1223-1277), quien tras participar en las revueltas nobiliarias sería ejecutado por orden del rey junto a su yerno, el ambicioso Simón Ruiz de los Cameros. También el más pequeño de los hermanos, don Manuel, cuya relación con Alfonso X fue siempre estrecha y ciertamente ventajosa para sus intereses —su familia, encabezada por el infante don Juan Manuel (1282-1348), llegaría a convertirse en una de las más poderosas del reino de Castilla—, acabó tomando partido por los sublevados contra el rey para convertirse en uno de los princi-